

Mahi Binebine
Calle del Perdón



La calle del Perdón es una pequeña vía de Marrakech y es en ella donde crece la narradora de esta historia, Hayat («la vida», en árabe). El barrio es pobre y en él solo prospera la mezquindad, como si fuera una jungla sórdida, algo que Hayat sufre en primera persona: todo el mundo hace comentarios envenenados sobre su cabello rubio, su madre no oculta su vergüenza y su padre siempre la mira con gesto endiablado. Aunque todas estas dificultades deberían haber hecho mella en esta niña, la vida acaba siendo indestructible. Hayat se escapa de casa y conoce a Mamyta, la bailarina oriental más importante del reino, una especie de *geisha* de Marrakech. Una mujer tan denigrada como admirada que es supuestamente libre en un país anclado en el tabú y la prohibición y que está presente en todos los festejos y celebraciones religiosas, pero también en los *cabaret* populares más desconocidos. Hayat descubre junto a ella que con el canto y el baile se puede hacer desaparecer la melancolía, volver locos a los hombres, imponer la gracia a la hostilidad y, a fin de cuentas, forjarse un destino propio.

Para Abdálah, que se fue antes de tiempo.

CALLE DEL PERDÓN

Mahi Binebine

1

Subida a una banqueta coja delante del espejo del aseo, era tan chiquitaja que solo me veía un amago de cejas, la parte superior de la frente y la cinta elástica que reprimía los rizos rebeldes. Fuera de mi campo visual florecía la pelambarrera de fierecilla que mi madre aborrecía. En cuanto me acercaba a ella, su mano, como si la atrajese un imán, se dirigía hacia esos tizones que en vano se afanaba en atusar. Lo que aparentaba ser cariño era en realidad la batalla cotidiana de mi progenitora contra el desorden natural de las cosas. Pero la naturaleza, tozuda y obstinada, volvía por sus fueros invariablemente. En cuanto ponía un pie en la calle, me libraba de la diadema y volvía a ser la niña rizada y regordeta de la calle del Perdón. A menudo me he preguntado por qué a mi madre le molestaba tanto mi melena. ¿Veía en ella alguna maldición? ¿El anticipo de mi futuro de réproba? Quizá. Sea como fuere, me miraba como se mira a un extraterrestre náufrago de un planeta desconocido. Por más que rebuscaba entre sus ancestros y los de Padre, no encontraba el menor atisbo de algún antepasado que me pudiera haber legado semejante pelaje, y de propina ¡rubio!

Por mi parte, tampoco me identificaba con la tribu en la que había nacido y en cuyo seno había padecido una infancia difícil y oprimida. Mis padres, además de tener un carácter agresivo y taimado, vivían un mundo taciturno, triste, carente de fantasía y mortalmente aburrido. En ese entorno solo había un toque de alegría: las Santas Escrituras borda-

das con hilo de oro en la alfombra de oración que colgaba de la pared del salón. Antes incluso de saber leer, me gustaba dejar que se me trastocase la vista siguiendo los arabescos que se entrelazaban sobre el terciopelo. Aparte de eso, el color gris dominaba todo lo demás: paredes, cortinas, rostros y muebles. Hasta el pelo del gato. Un gris polvoriento que adoptaba todas las tonalidades de lo deprimente. Y para completar ese panorama, en casa reinaba de la mañana a la noche un silencio lúgubre. Si hubiera podido, Padre habría mandado callar a los gorriones. De la música ya ni hablemos. Padre solo encendía la radio a la hora en punto de las noticias. Entonces, una voz grave soltaba con tono monocorde los pormenores de las gloriosas acciones regias, tras las que venía, siempre y como siempre, una amalgama de catástrofes, guerras y naufragios.

Sin embargo, como tan bien se les da a los niños con sus padres, yo me había adaptado a los míos, a la indigencia de sus sentimientos y a su fealdad. Gracias a una alquimia misteriosa, había conseguido crear una burbuja en la que me refugiaba en cuanto el entorno exterior se volvía tóxico. Resguardada en mi burbuja, dejaba que me llevara el soplo de los ángeles. ¿A que os sorprende que una bandada de ángeles disfrazados de mariposas se llevara por el cielo, muy arriba, a una niña metida en su burbuja? Puedo entenderlo. Lo cual no significa que yo no viera, igual que os veo a vosotros, a esas criaturas celestiales que alzaban el vuelo desde los cuentos fantásticos que me contaba Serghinia. Decía que su misión en la tierra consistía en señalarles el camino a los artistas.

Por cierto, ¿os he dejado claro que yo era una artista?

Desde muy pequeña he sabido descifrar el lenguaje de los ángeles; por eso pude alcanzar por mis propios medios el país de los sueños y las mariposas. Un país encantador y encantado, hecho de chispas, de escalofríos, de hoyuelos risueños y de todos los colores del arco iris. Frente al rigor seco y austero de los míos, allí encontré la gracilidad de lo

curvilíneo, la danza de la voluta, la elegancia frágil, la finura y la sutileza de los seres que andan de puntillas.

En aquel país reinaba una diosa: Serghinia, nuestra vecina. Luego os contaré la historia fabulosa de esta artista en cuya casa (ahora ya puedo decirlo sin miedo) conocí la felicidad. Esa mujer fue mi familia, mi amiga y mi refugio.

De pie delante del espejo del aseo en la casa primorosa de Serghinia, apoyándome en los dedos de los pies, alcanzaba a verme los lóbulos de las orejas, un poquitín separadas, que adornaban los zarcillos de plata maciza que mi madre solo me dejaba llevar los días de fiesta. La imagen implacable que me devolvía el espejo daba fe del alcance de los daños: una carita embadurnada de pintalabios chillón y brillante, del que no se libraba ni un pedacito de piel, que solía ser tan blanca; un «rojo furcia», como habría dicho mi madre, uno de esos bermellones que tanto me fascinaban en los labios carnosos de Serghinia. La palabra *furcia* cobraba una dimensión particular en mis oídos vírgenes cuando la pronunciaba mi madre. Furcia. Restallaba con la majestuosidad de una mujer liberada, reivindicaba el albedrío de menear el culo en público con una chilaba de seda ceñida y enarbolaba a cielo abierto el estandarte llameante de la insumisión.

Pero más allá, al fondo del espejo, donde el alicatado blanco se detenía al filo de la puerta entornada, mientras yo miraba mi maquillaje culpable con los ojos como platos, apareció el rostro luminoso de Serghinia. Bajo las cejas exageradamente fruncidas, sus ojos relucientes me reñían apenas y me perdonaban a medias. Vino hacia mí con los brazos abiertos, preocupada, temiendo que me cayese.

—¡Pollito mío! ¡Esa banquetta no se tiene de pie! ¡Al final te vas a llevar un coscorrón!

Y a la velocidad del rayo sentí cómo mi cuerpecillo se hundía en las abundantes carnes de su abrazo.

—Déjame que te enseñe a convertirte en princesa, amor mío. El pintalabios, como su nombre indica, está pensado para pintarse únicamente los labios. No la frente, ni los pómulos, que ya los tienes bastante encarnados de por sí, ni mucho menos esos párpados sanguinolentos que te hacen parecer una bruja sacada directamente de un cuento de miedo. Pero tú no eres una bruja, ¿verdad, cariño? Entonces, pon mucho cuidado, como cuando coloreas con Aida y Sonia. No te salgas del contorno de ninguna manera. ¿Entendido?

—Sí, Mamyta.

—Buena chica. Y ahora refriégate bien esa carita ¡y tráemela aquí para que me la coma!

Mamyta era el mote que le habían puesto a Serghinia Aida y Sonia, sus hijas gemelas. De modo que a mí también me gustaba llamarla así, pero con variantes: Mami, Mya, Maya, Mamyta. Cada sílaba de ese breve apodo incluía su carga de cariño. Exhalaba el aroma almizclado de su pecho reconfortante, la cascada de su risa y los sonoros besos que te dejaban en los mofletes un estampado tan bonito.

Si hubiera tenido la mala pata de que mi madre me pillara en ese estado, delante del espejo del aseo, encaramada a una banqueta coja, con la *ganduras* remetida en las bragas y la cara maculada de pecado escarlata, habría sido el fin del mundo: una buena tunda, aderezada con voces y lamentaciones a más no poder, y por si fuera poco, de postre, la promesa que más miedo me daba: «¡Cuando llegue tu padre te vas a enterar de lo que es bueno!».

Yo no quería a mi padre. No me gustaba la sangre que tenía en los ojos cuando la ira se adueñaba de él. Lo que me asustaba no eran tanto los golpes como lo demás... Odiaba la oscuridad de su cuarto, su aliento, la barba que

pinchaba, las manos monstruosas... y lo demás. Todo lo demás.

2

Para los artistas cuya herramienta de trabajo es el cuerpo, la belleza no es forzosamente indispensable. Resulta difícil definir a Mamyta como una hurí. Observando detalladamente los rasgos de su rostro, se puede afirmar sin temor a que nadie lo rebata que, estéticamente hablando, estamos por debajo de la media nacional. Los ojos chiquitos saturados de rímel, la nariz breve y aguileña, la boca enorme que ribetea unos labios carnosos y el tatuaje de la frente y la barbilla, a la antigua usanza, de ningún modo pueden pertenecer a una odalisca. Ni por asomo. Sin embargo, el conjunto de esos rasgos reunidos en la misma cara, colmada de alegría, forma un todo armonioso y de lo más agradable. Si a eso añadimos la dentadura de oro macizo que a la mínima carcajada es como unos fuegos artificiales, los cien kilos de carne lechosa embutidos en un caftán de satén y el contoneo felino en el que cada parte del cuerpo parece autónoma, descoyuntada y como separada del resto, también se puede afirmar que esta mujer del lunar en la mejilla tiene gancho.

En realidad, Mamyta tiene dos caras aparentemente contradictorias: la del ama de casa anodina con la que te puedes cruzar por la mañana en una arteria adyacente a la calle del Perdón, en el zoco, con su cesta de palma, o sin ir más lejos dando un paseo por la Plaza; y la otra, la de la diva de caftán resplandeciente que te trastorna en el convite de una boda o una circuncisión, o en una de esas fiestas

privadas que los hombres, melancólicos, rememoran con medias palabras en la terraza de un café.

Como me pasó la infancia y parte de la adolescencia con Mamyta, tuve el privilegio de asistir al milagro de esas metamorfosis. Al principio como una espectadora cualquiera, tan pasmada como pueda estarlo una niña ante un tam-tam abigarrado un día de fiesta, y más adelante en primera fila, cuando me concedió la gracia de contratarme en su *troupe* para salvarme de mi familia...

Qué historia más rara la mía. Inverosímil y trágica, como lo son tantas historias en nuestro país. ¡Pero tened paciencia! Os la contaré si me concedéis la gracia de vuestra indulgencia. Mi relato seguirá a ratos sendas desconcertantes. Si por ventura os perdéis, surgirá de la nada un rayo de luna para indicaros la salida... Pero mucho me sorprendería que quisierais salir de mi laberinto. Le cogeréis el gusto a la libertad de mi fantasía, a mis caprichos, a algunas situaciones imprevistas que, lo reconozco, me sorprenden incluso a mí. No creáis que se trata de malicia ni de vanidad, lo único que digo es que los que antaño se adentraron en él no han vuelto a salir. Se han quedado presos en una trama de fibras sensibles..., una suave telaraña en la que, a pesar de los pesares, resulta tan grato forcejear...

Os estaba hablando, pues, de ese momento mágico en que Mamyta la oruga se convierte en una mariposa que revolotea en torno a la luz. Era la época en que yo hacía mis pinitos en la profesión. Tenía catorce años pero aparentaba bastantes más. Mamyta se tomaba la molestia de maquillarme personalmente, realzando los ojos con una línea de kohl que me llegaba hasta las orejas y alegrando los pómulos con una crema a base de cochinilla; para rematar, espolvoreaba un puñado de estrellas doradas por los bucles de la melena. La niña descarada de la calle del Perdón se transmutaba de pronto en princesa; una consumada artista, res-

plandeciente y refinada, que se diferenciaba, como el día de la noche, de mis competidoras. Las gemelas, que habían entrado antes que yo en la *troupe*, albergaban contra mí unos celos feroces, pues no podían soportar que su madre me quisiera tanto.

Y eso que Mamyta tenía cariño para dar y tomar. El hecho de quererme a mí no mermaba ni un poco el amor que sentía por sus hijas. Prueba de ello eran las miradas de apoyo que nos dedicaba a cada una durante el espectáculo. Me gustaba verla sonreír cuando me subía por iniciativa propia a la mesa redonda. Bailaba para ella. Solo para ella. En momentos así, no se interponía nada entre mi cuerpo electrizado y el magnetismo de su mirada. Imitaba sus gestos, sus miradas de soslayo asesinas, su forma de azotar el suelo con la melena cuando el diablo le poseía el cuerpo. Y mientras las panderetas y los crótalos se ponían frenéticos, yo prolongaba el eco de sus cantos lacerantes y sus cantilenas jubilosas. Cuánto ansiaba parecerme a ella. Más aún, ansiaba ser ella. Deshacerme de mi condición de mortal y colarme en ese traje de luz que vestía ella cuando pisaba el escenario.

Una aparición magistral donde todo está estudiado, medido y calibrado, donde cada detalle tiene su importancia. Rodeada de sus músicos y bailarinas como de una escolta, con paso lento, metiendo la cintura y con la mirada vuelta hacia las estrellas, se presentaba al fin delante de un público entregado e impaciente que ya no podía estarse quieto. Le bastaba con alzar la voz y la histeria se volvía colectiva. Esa voz ronca, rota seguramente por sufrimientos pasados, retumbaba inundando el patio y, a través de los altavoces orientados hacia el cielo, el barrio entero. De pie, conquistadora, con los brazos abiertos y lascivos como las ramas de un cedro que animasen a los gorriones a una parada nupcial, entonaba cantos que mezclaban lo licencioso con lo sagrado, daba rienda suelta a sus demonios para entregarse medio inconsciente a la barahúnda. Entonces el olea-

je se adueña de su carne, se adentra en la senda de los escalofríos, alcanza el bajo vientre que se endereza, se traga el ombligo y se afloja lentamente igual que mueren las olas. Y de nuevo las ondulaciones, que se vuelven contagiosas y se transmiten a los asistentes, arrastrándolos a un cabeceo febril.

Los maridos no se quedan cortos, cubren a las mujeres de billetes, cuanto más fluye el dinero más desenfrenado es el ritmo, que se acompasa con el palpitar de los corazones y hace que hierva la sangre. Las mujeres casadas ya no están casadas. Cantan y ríen a carcajada limpia. Vibran igual que nosotras, las profesionales, y nos imitan creyéndose sensuales; pero son torpes, casi vulgares. No con esa vulgaridad fingida con la que jugamos a nuestro antojo, sino la auténtica, sugestiva y cruda, la que vocea su frustración sexual. Entonces nosotras actuamos, más y más, despertamos sus ganas irresistibles de parecérse nos..., de adoptar abiertamente nuestra conducta liviana y disoluta...

Una noche, entre bastidores después de haber cantado, mientras los músicos tomaban el relevo, Mamyta me comentó, mirando a los espectadores en trance: «Fíjate, hija mía, fíjate en cómo bailan esas mujeres, qué felices son... No veo ni madres, ni tías, ni hermanas, ni primas... Son todas amantes... ¿Ves? Tengo el poder de sacarlas un rato de una vida insignificante para convertirlas en dulcineas arrebatadoras..., ¡aunque a mis espaldas las zorras esas me llamen *furcia!*».

3

Para consolarme de la conducta intempestiva de mi madre, la Tía Rosalie me contó un día que mi aspecto de rumí empañaba el pasado de su hermana. Mi melena rubia paseaba de boca en boca la sospecha de un pecado, que la perseguía desde que nací, amargándole la existencia. Yo era pues, muy a mi pesar, la encarnación viviente de una falta hipotética. Tanto más cuanto que —según la Tía Rosalie, que no solía tener pelos en la lengua— a los veinte años Madre no era precisamente una santa. Fuera como fuese, las vecinas con las que nos cruzábamos por la calle ya se habían formado su propia opinión sobre el particular. Se regodeaban hurgando en la herida mientras me miraban atentamente.

—Pero ¿de qué planeta nos habrá caído esta alhaja, cariño? —preguntaba una.

—Del valle donde florecen los vellones de oro, ¿verdad, gacela mía? —soltaba, burlona, la de más allá.

Mi madre se ponía hecha una fiera.

—Daos una vuelta por el Atlas Medio —replicaba—, ¡y os encontraréis con pueblos llenitos de críos idénticos a mi hija!

—Cierto —se mofaba con tono regocijado la más pendenciera—, ¡los nazarenos nos dejaron recuerdos maravillosos!

Madre renunciaba a esa lucha desigual contra una manada de cocodrilos y seguía su camino refunfuñando.

Pero, a la postre, la que pagaba los platos rotos era yo. Los viernes, en el *hamam*, me tocaba la dosis semanal de alheña en el pelo. El olor acre de la planta se me pegaba a la piel. Apestaba a destripaterrones, a fregona recién llegada de la aldea. Un calvario que tuve que soportar mucho tiempo. Ser la única pelirroja del barrio me convertía en la diana predilecta. Los demás niños volcaban en mí su crueldad, endilgándome los nombres de todos los animales a los que el Cielo había tenido la ridícula ocurrencia de conceder un pelaje rojo. Mientras se tratara de vacas, cabras, raposas o ardillas, podía pasar, pero me sacaba de quicio que imitaran a una mona leonada mientras soltaban chillidos raros; se revolcaban por el suelo y se incorporaban dando saltitos y rascándose la cabeza y las axilas. No, no me escatimaban nada.

A veces volvía a casa llorando sin que a Madre se le viese la mínima señal de compasión. Se quedaba impertérrita. Yo intentaba en vano que se apiadara de mi suerte. Pero si tenía la desgracia de exagerar un poquito, una bofetada traicionera me volvía a poner en mi sitio. «¡Una chica con clase tiene muchas más posibilidades de encontrar marido que una bastarda!». Y a continuación comparaba mis ondas desangeladas con los rizos de Pipo, el caniche de la señora Lamón, la dueña del Palace donde trabajaba el Abuelo.

Me resulta difícil hablar del Abuelo sin soltar alguna lágrima. Lágrima que, por lo demás, no intento contener, pues la alegría y la nostalgia que se mezclan en ella ¡me alivian y reconfortan tanto! El Abuelo, tan tierno, atento y generoso, era el mejor de todos los hombres. Cuando era pequeña me parecía tan alto como un minarete. Pero en realidad no era para tanto. Era filiforme y de estatura media, con un rostro afable de rasgos regulares: ojos risueños rebosantes de malicia, nariz aguileña y, tras el bigote hirsuto, una boca de labios finos que solo se abría para decir cosas